

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

593

25
cts

GEORGE O'BRIEN

CECILIA PARKER

EL VALLE DE LA SORPRESA



HOWARD, David

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco-Mario Bistagne**

Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

Año XI

BARCELONA

N.º 593

Rainbow Trail, 1932.

EL VALLE DE LA SORPRESA

Novela de aventuras, de gran interés y emoción,
interpretada por

✓ GEORGE O'BRIEN, CECILIA PARKER, MINNA GOMBELL ✓
JAMES KIRKWOOD, etc.



Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CARLOS SAN MARTÍN

Prohibida la
reproducción

EL VALLE DE LA SORPRESA

Argumento de la película

Arizona, a fines del siglo anterior, sufría la plaga de numerosos bandidos que infestaban sus montañas y eran un constante peligro para la vida y la propiedad ajenas.

Dyer, un facineroso que llevaba siempre medio cubierto el rostro a causa de las heridas que lo desfiguraban, había hecho su nido en la comarca, siendo temido por todo el mundo.

Allí, entre los montes, tenía su guarida; allí se reunía con sus hombres, ejemplares de crueldad, a quienes no les importaba tener varias muertes sobre su conciencia.

Cierto día un vaquero llamado Venters iba a caballo enfilando peligrosos desfiladeros hacia el Valle de la Sorpresa. Orientándose por medio de un tosco plano, llevaba varios días

avanzando por aquellos parajes con un ansia ardorosa de llegar.

De pronto se detuvo ante un cartel que los hombres de Dyer habían colocado junto a un árbol. Lo leyó: era una enérgica conminación para que ningún caminante siguiera avanzando, bajo peligro de muerte. Dudó unos momentos sobre retroceder o proseguir la misión a que estaba decidido, pero finalmente pudo en él más la segunda consideración. Y siguió avanzando, sin darse cuenta de que tras unos promontorios, un grupo de hombres, blancos de Dyer e indios que también formaban parte de la banda, le estaban espionando. Al ver que Venters hacía caso omiso del cartel, quisieron cumplir sus amenazas y le lanzaron una flecha envenenada, que fué a atravesar su pecho. Gravemente herido Venters empezó a disparar contra ellos.

Shefford, otro joven vaquero, un muchacho atlético, y con ansia de honradas aventuras, rondaba por los alrededores y escuchó sorprendido el tiroteo.

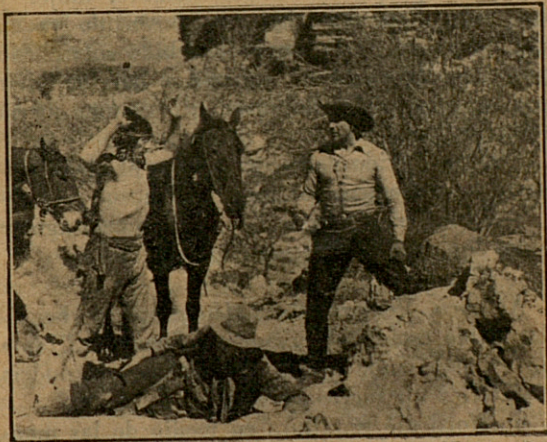
Avanzó a galope hacia aquel lugar. Los bandidos al verle le tirotearon largamente, aunque sin herirle. Shefford corrió al encuentro de Venters y lo halló lívido como la muerte.

En vano pretendió reanimarle. Venters agonizaba. Pero antes de morir y estrechado a preguntas por Shefford, que quería conocer la causa del atentado, le contó que pensaba dirigirse al Valle de la Sorpresa, lugar situado todavía muy lejos de allí, a muchos kilómetros de distancia.

—Nunca oí hablar de ese Valle... ¿Por dónde cae?

—Tome este plano... El le orientará un poco. Y si algún día le es posible, vaya a recoger a tres personas que están allí, hace muchos años.

—¿Quiénes son? ¡Explíqueme!...



Venters agonizaba.

El herido, cada vez dando muestras de mayor debilidad, continuó:

—Hace más de quince años que les secuestraron. Eran íntimos amigos míos. Pudieron escapar después de haber dado muerte al jefe de la banda. Se refugiaron en el Valle de la Sorpresa, lugar casi inaccesible, donde han vivido desde entonces, sin poder salir a causa de

los continuos desprendimientos de tierras. Un viajero valiente logró llegar hasta allí, pero como no tenía bastantes cuerdas no consiguió que aquella gente pudiera subir los precipicios en cuyo fondo se encontraba. Él me lo comul-
les. ¡Les quiero tanto! Son hombre, mujer y una niña. Ésta debe haberse convertido ya en una mujercita. ¡Cómo habrán debido sufrir! No pueden salir de aquel refugio y han de vivir una existencia a lo Robinsón. ¡Y yo que quería salvarles!

Shefford, ávido de hacer siempre el bien, prometió solemnemente al moribundo:

—Yo iré en su lugar. Y yo le prometo agotar todos los medios para sacarlos del Valle.

—¡Gracias!... ¡Gracias!...

Al poco, Venters moría. Un grupo de bandidos había estado observando a Shefford. Había que ir con cuidado con ese muchacho; podría resultarles un fuerte adversario.

Shefford dió sepultura en medio de las montañas a Venters, clavó una cruz sobre su tumba, y después de rezar una oración reemprendió su camino, montado en su magnífico alazán.

* * *

El bandido Dyer, después de una larga excursión, había vuelto al caserío, situado entre montañas, pueblo naciente que con el tiempo convertiría seguramente sus cuatro casas en una

importante población. En él tenían el jefe y su cuadrilla un cuartel general.

Las escasas gentes que allí vivían, blancos e indios, temían a aquel hombre enmascarado, que no tenía otra ley que su conciencia.

Iba con él, a caballo, una mujer joven y rubia, de no más de diez y ocho años, aterrorizada por los furios del déspota. No era otra que Fay Larkin, la hija del matrimonio refugiado en el Valle de la Sorpresa, bella criatura que había sido secuestrada hacía pocos días por el miserable Dyer, con el propósito de hacerla su amiga y probar los besos inéditos y suaves de su boca virginal.

Dyer, tras grandes esfuerzos y habiendo visto un día desde la colina a aquella mujer, había llegado al Valle y la había raptado.

Dyer no había querido usar la brutalidad con ella, pero ante la negativa de la joven a sacrificar su honra en aras del caprichoso aventurero, éste se dispuso a adoptar medidas que dieran por resultado el amansamiento de la fierecilla.

Y así la obligó a ir al caserío y la llevó a casa de Mary, la íntima amiga y compañera del bandido, desde hacía mucho tiempo.

—Cuida de esta chica. Y que no escape... Tendrá libertad para correr por aquí, pero tú eres responsable de sus actos.

—De aquí no puede huir nadie, Dyer. Sería una locura. Pero, ¿por qué tanto interés por ella?

—Asuntos míos... No te preocupes demasiado.

La mujer le contempló celosa, mientras Fay bajaba los ojos, avergonzada de lo que sucedía y suspirando por poder estar de nuevo al lado de sus padres.

Dyer marchó con sus hombres a la casa que les servía de alojamiento. Allí tenían preso a un indio, que sacaron al exterior, marchando todos hacia lo alto de una montaña.

—Este indio pretendió robarnos—dijo el ayudante de Dyer—y merece un terrible castigo. Que sirva a todos de escarmiento. Cualquiera de vosotros que se atreva a hacer algo semejante, seguirá el mismo camino.

El desgraciado pidió perdón, se arrodilló ante aquel hombre cruel, pero de nada le valieron sus súplicas. Fué arrojado como un saco por un barranco, cayendo destrozado contra unas peñas.

Los bandidos se alejaron en silencio, dispuesto a no traicionar al jefe, pues bien sabían lo expuesto de cualquier deslealtad.

Entretanto, Shefford, cumpliendo la palabra dada al pobre Venters, se hallaba dispuesto a buscar a los prisioneros. El plano que le había dado aquel hombre era bastante confuso y sólo indicaba que el Valle de la Sorpresa se hallaba en el fondo de aquellas enormes colinas... Y allá se dispuso a ir con su juventud, con su energía, con su valor...

Supo que iba a salir para el caserío situado en la montaña, una recua con provisiones, cus-

todiada por varios hombres y consiguió, captándose la confianza de los arrieros, que ya eran antiguos conocidos suyos, adscribirse a la misma y marchar hacia allá una buena tarde de sol.

Entre los arrieros figuraba un muchacho tartamudo, que entretenía sus ocios tocando la flauta, aunque tan rematadamente mal, que hasta el animal que guiaba se enfurecía muchas veces, dando respingos al oírle o relinchando con profunda ira.

El tartamundo era el tipo cómico de la jornada. Temía ir al caserío porque vivía allí cierta viuda ansiosa de contraer matrimonio, que creía que aquel hombre quería casarse con ella.

—¿Pero, cómo fué eso?—le preguntaban sus camaradas en los descansos del camino.

—Pues veréis. La ...otra... vez... le pedí... que... que... me lavara una cami...sa... y tardé tan...to... en decir...selo... que...

—Acaba de una vez.

—Pues... que... que... se creyó que... me... de..., claraba,

Era objeto de risas y burlas, pero él pensaba en el espanto de que aquella viuda vieja y fea pretendiera llevarle al matrimonio.

Al cabo de largas horas de andar, llegaron al caserío. Shefford había preguntado al tartamudo y a otro hombre que también le inspiraba confianza, si sabían dónde se encontraba el Valle de la Sorpresa, pero ellos lo ignoraban.

Ya en el caserío y cuando descargaban las mercancías de la recua, uno de los afiliados a

la banda de Dyer creyó reconocer en Shefford al mismo sujeto que había visto hablar con Venters, y así tuvo que manifestárselo al jefe de los arrieros, tipo que también andaba complicado en las manipulaciones de los bandidos.

Pero éste, que tenía confianza en Shefford, le tranquilizó, asegurándole que no creía tuviese la menor intención de hacerles daño.

—Es que si viniera a descubrirnos, ya sabes el trato que damos aquí a los enemigos.

—Descuida. Nada has de temer.

La gente del caserío convivía asustada con los hombres de Dyer, verdaderos dueños y tiranos de la comarca.

Pronto comprendió Shefford que estaba rodeado de gentes que parecían sospechar de él, y silenció el verdadero objeto de su presencia allí, pues temía que pudieran desbaratárselo, y quería ir con pies de plomo.

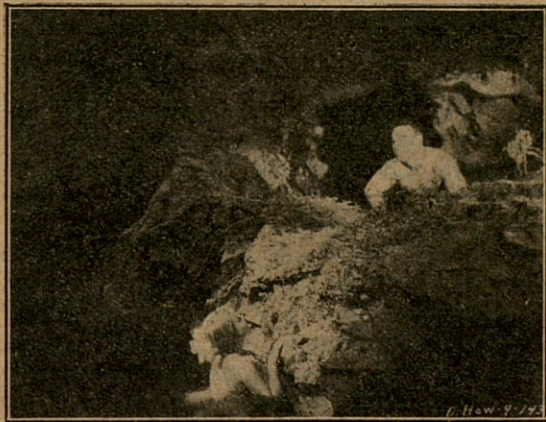
Se cobijó en una de las casas del pueblecillo en compañía del tartamudo y del otro compañero, los dos únicos que le inspiraban alguna consideración. El tartamudo recreó la velada lanzando desafinados acordes de su flauta.

Al otro día, muy de mañana, Shefford fué a bañarse en un lago que había allí cerca y vió con gratísima sorpresa a una bella muchacha que estaba también nadando no muy lejos de allí.

La saludó sonriente, y la muchachita, que no era otra que Fay Larkin, se apresuró a salir de las aguas y a vestirse con rapidez. Lo mismo hizo por su parte Shefford, que satisfecho de

encontrar allí a una mujer bonita, se apresuró a ir a su encuentro.

Le envolvió ella en una mirada suave. Acostumbrada a los rostros innobles de los bandidos le agradó la sonrisa del desconocido, su mirar franco e inteligente.



La saludó sonriente...

Él, por su parte, quedó complacidísimo al ver a tan adorable criatura en aquella tierra donde todo parecía ser áspero y triste.

—Me llamo Shefford, señorita. ¿Y usted?

La muchacha no quiso dar su verdadero nombre, y contestó:

—En casa me llamaban "Flor".

—Precioso e inspirado elogio. Vamos a ver,

Flor de lindo perfume, ¿podría usted informarme de una cosa?

Aquel muchacho, al que no había visto hasta entonces, le inspiraba, sin que ella supiese por qué, una repentina confianza.

—Diga usted.

—¿Sabría usted decirme donde está "El Valle de la Sorpresa?"

Ella palideció.

—¡No sé!... ¿Por qué quiere saberlo?

—Me han encargado una misión muy importante. A usted ya se la puedo decir, porque no creo vaya a traicionarme. Tengo que ir a rescatar a tres personas que están en el Valle hace muchos años y temen salir de allí.

Fay miró emocionada al hombre que venía en busca suya y de sus padres.

—¿Quién se lo dijo a usted?—preguntó.

—Un tal Venters, al que mataron los bandidos. Creo que son padre, madre y una muchachita... que tendrá ahora aproximadamente la edad de usted... Me he propuesto sacarles de allí. ¿No sabe usted nada de ellos?

Profunda alegría se apoderó de Fay. A punto estuvo de confesar la verdad, de decir quien era, de pedir que fuera a salvarles. Pero tuvo miedo a Dyer, pues sabía cómo las gastaba, tuvo miedo hasta por la vida de aquel muchacho que tanto se arriesgaba en la empresa y prefirió callar, fiando a su propio esfuerzo la defensa de su honor.

—No... no le conozco...

—¿Ni a esa Fay?

—Esa Fay Larkin... creo que murió.

—¡Pobrecita! Salvaré a los padres, si puedo.

Volvieron juntos hasta el caserío y por la tarde se encontraron otra vez. Pero la jovencita no quiso confesar quién era ella realmente. Tenía un temor atroz de que Dyer, si supiera algo, tomara represalias contra los padres que seguían allá en el Valle, lugar inaccesible, del que no podrían salir más que con ayuda de cuerdas o caballos. Y de todo ello carecían...

Una profunda simpatía unía a los dos jóvenes y, al despedirse por la noche, sus manos enlazadas se estrecharon afectuosamente, como si quisieran comunicarse ya algo que más que una simple amistad.

* * *

Al regresar a la casita que provisionalmente habitaba con sus dos compañeros y que pensaba abandonar tan pronto encontrase orientación para ir al Valle de la Sorpresa, vió a una muchacha india que se defendía bravamente de las intenciones de un hombre blanco, uno de los atláteres de la cuadrilla de Dyer.

Siempre Shefford estaba dispuesto a la defensa del débil y corrió hacia allí, derribando de un puñetazo formidable a aquel sujeto, el cual, después de contemplarle altivamente y aconsejarle que abandonase cuanto antes aquel lugar, escapó a toda velocidad.

La india agradeció de todo corazón a Shef-

ford su defensa y él la acompañó hasta la casa donde vivía el indio "Aguila", su hermano, quien se mostró reconocidísimo por su intervención.

—Son esos hombres de Dyer, esa peste criminal que no hay manera de sacudirnos de la comarca... Esos hombres matan, roban, incendian... A mí me robaron el otro día una cantidad de oro. ¡Ah, hasta que acabemos con Dyer no habremos hecho nada bueno!—le explicó el indio.

—Dime. ¿Sabes dónde está el Valle de la Sorpresa?

—He oído nombrarlo alguna vez. Está allá, muy lejos, tras montes inaccesibles.

—Tal vez tenga que ir...

—No vaya. Sería su muerte.

—¡Ya lo veremos!

Quedaron muy amigos y Shefford regresó a su cabaña, donde tuvo que aguantar la estúpida conversación del tartamudo, que le contaba había encontrado a la viuda y había tenido que huir precipitadamente con el temor de que le propusiera una inmediata boda.

El otro compañero se reía y aseguraba que el miedo del tartamudo no podía ser más cómico, pues sencillamente la viuda se había dirigido hacia él armada de un fusil para que se lo arreglara y el muchacho había creído que pretendía acabar con su vida por no cumplir su promesa de casarse.

A la otra mañana, Dyer dió orden de que se detuviera a Shefford. La noche anterior había agredido a uno de los principales secuaces

del bandido. Era preciso acabar con él. Sería un espía al que había que dar inmediato merecido. Además lo había visto hablando con Fay y acompañando a ésta hasta su casa.

El bandido se hallaba enfurecido y celoso. Censuró duramente a Mary por dar demasiada libertad a Fay y conminó a ésta a no alejarse en lo sucesivo de allí, pues de lo contrario le pondría centinelas a la vista. Y al propio tiempo la contemplaba con brutales ojos de deseo.

—Nada de tratos con gente de fuera, ¿eh? Y tú, Mary, debes vigilar mejor si no quieres que te castigue.

Fay no contestó palabra, pero, sintiéndose desesperada ante aquella esclavitud, ante aquel peligro que adivinaba era inminente, se propuso decirlo todo a Shefford y hacer que éste salvara a sus padres. Luego una vez fuera de peligro los amados viejos, sería ocasión de intentar la huida, cosa que ahora no se atrevería nunca a hacer ante el temor de que los bandidos fueran a castigar o a dar muerte a los padres de la joven.

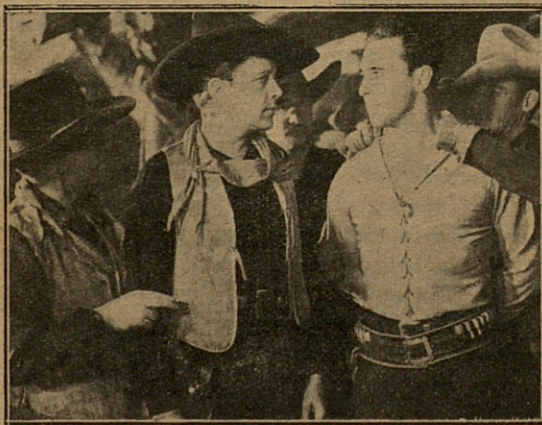
Mary, rabiosamente celosa, empezó a insultar a Dyer, diciéndole que adivinaba sus verdaderas intenciones, y que lo que él quería era substituir a ella por la muchacha.

Dyer la lanzó furiosamente lejos de sí, mirándola con su único ojo sano, y la mujer se echó a llorar, lastimada en su alma y viendo perdida ya casi toda su influencia.

Cuando Shefford aquella mañana se encontraba en la taberna del caserío, se vió rodeado

por los hombres de Dyer, que le maniataron y le llevaron al borde del precipicio de donde eran lanzados todos los enemigos de la criminal organización.

Atado de pies y manos iba Shefford a terminar allí sus días. No se alteraba, sin embargo, su serenidad. Permanecía tranquilo mirando con una sonrisa de desprecio a aquellos miserables.



Permaneció tranquilo...

Pero de pronto y cuando iban ya a arrojarle al abismo, apareció el indio "Aguila", quien se opuso terminantemente a la ejecución.

—No quiero que hagas eso. Este hombre salvó a mi hermana de las garras de un seductor, y si le haces daño alguno, levantaré contra ti todos los indios de mi tierra.

Los bandidos se interrogaron con la mirada. No querían estar mal con "El Aguila", que contaba con verdadera influencia en las regiones limítrofes.

—¡Bien! ¡Quédate con este hombre, si quieres, pero con una condición: la de que ha de abandonar inmediatamente esta tierra!—le dijo uno de los bandidos, el jefe después de Dyer, que se había ausentado de allí.

—Eso debe ser él quien ha de decidirlo. Y una cosa, muchachos. La semana pasada me habéis robado una partida de oro. Si esto vuelve a repetirse os vais a acordar de mí.

—Vete ya con tu hombre y no digas sandeces. Nosotros no te hemos quitado nada.

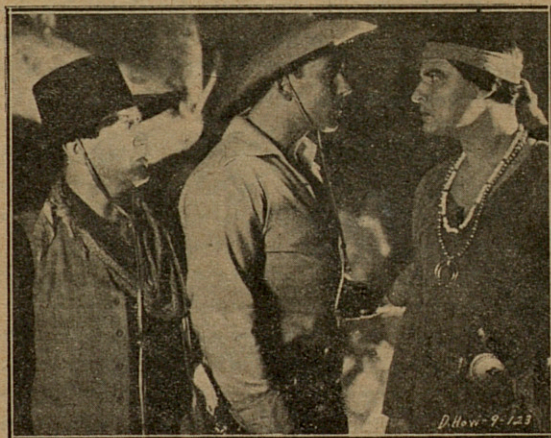
Y no queriendo pendencies con aquellos indios, dejaron libre a Shefford y se alejaron, mientras el joven agradecía en el alma la generosa y oportuna intervención de aquel hombre leal.

* * *

Shefford se dirigió aquella noche a la casa donde estaba Fay y llamó cautelosamente a su cuarto. Ella le abrió miedosa... y cuando supo el peligro que había corrido su amigo, cuando oyó como éste se lamentaba de no poder realizar la misión que allí le había llevado, quiso contarle toda la verdad.

—Sí, yo soy la muchacha que usted busca... No quiero mentirle más.

—¿De modo que es usted Fay Larkin? ¡Oh, debí sospecharlo! Pero, ¿por qué no me lo dijo usted desde el primer día?



...agradecía en el alma la generosa y oportuna intervención de aquel hombre leal.

—Tenía miedo. Se lo aseguro. Temía por mis padres... pero comprendo que no puedo ocultárselo por más tiempo. Sería peor. Dyer hace tiempo que me persigue. Y pienso que si me niego más tiempo a las proposiciones de ese miserable, mis padres serán víctimas de sus iras.

—¡Oh, yo iré a buscarles, querida Fay, niña bonita! Se lo prometo. Y luego huiremos todos de aquí, muy lejos, donde nadie pueda encontrarnos.

—Sí... sí...

—Fay... ¿Puedo esperar que me quieras tú algún día?

Ella le contestó amorosamente, con la esperanza y el optimismo de las almas que se quieren.

—Salva a mis padres... sálvame a mí... y hablaremos.

—Bien. Pero, dime por dónde se va al Valle.

—Es un viaje difícil. Lleno de desfiladeros peligrosos... Yo no sé si lo podrás realizar...

Y le señaló en el tosco plano de Venters el mejor lugar para poder realizar la marcha.

Shefford se dispuso a emprender al día siguiente, sin ayuda de nadie, su camino hacia el Valle de la Sorpresa.

Aquella noche los hombres de Dyer al verle en la taberna del lugar, le contemplaron con odio feroz.

Uno de los bandidos, el de más confianza de Dyer, le dijo:

—Te aconsejamos que te marches... y veo que no has cumplido nuestra orden. ¿Cuándo te vas a ir?

—Después que hayáis vosotros desalojado esta tierra.

—¡Miserable! ¿No sabes que podemos pulverizarte?...

—Lo intentasteis una vez... Pero ya no lo conseguiréis.

Y sin temor a aquella pandilla se alejó de allí, pero Dyer ordenó a su gente vigilasen to-

dos los pasos de aquel hombre que podía constituir un serio peligro para ellos.

Montado en su brioso caballo, Shefford marchó hacia la montaña, envuelta en imponente soledad.

Recorrió caminos y desfiladeros que parecían no tener fin. Llegó hasta lo alto de la cumbre más elevada, desde la cual se distinguía el Valle de la Sorpresa.

Tras un minucioso reconocimiento, vió a un hombre y a una mujer... Serían seguramente los padres de Fay Larkin... Empezó a gritarles, a ahuecar la voz, que se agrandaba por el eco. Ellos le contestaron de la misma forma, pronunciando sus nombres y con la esperanza de que aquel hombre que les hacía afectuosas señas pudiera ser al fin un libertador.

Recomendóles Shefford paciencia y calma, y les arrojó un papel escrito en que les prometía volver en breve, provisto de cuerdas, para intentar sacarles de lo hondo de la sima.

Él desconocía el camino secreto que conducía allí y que Dyer había utilizado para secuestrar a Fay.

Con la alegría de haber dado al fin con aquella gente, regresó de nuevo al caserío.

Pero los hombres de Dyer le espiaban ya muy cerca del pueblecillo, en una encrucijada del camino, y cuando le vieron pasar, echaron sobre él un nudo corredizo y lo derribaron del caballo.

Dyer lo contempló con su mirada criminal y bárbara.

—Ahora no comparecerá ningún indio para salvarte. Y aunque así fuese, tampoco le haríamos caso... Es preciso volver a imponer aquí mi autoridad con todo el mundo... y no temer ni a los indios...

—¡Miserable!

—Vas a pudrirte bajo el sol, consumido por las hormigas.

Le desnudaron de medio cuerpo para arriba y le ataron fuertemente de pies y manos a unas rocas. Y a los pocos instantes verdaderos ejércitos de hormigas caían sobre él, hormigas grandes y repugnantes, ávidas de absorber la sangre pura del mozo.

Y riendo brutalmente, le dejaron a que se pudriera bajo aquel suplicio que indiscutiblemente acabaría por matarle y por llagar su cuerpo de una manera lenta y salvaje.

* * *

Una hora después, la hermana del indio "El Aguila", conocedora de que su buen amigo había ido por aquellas montañas y temiendo que le hubiese podido ocurrir algún accidente, se dirigió en su busca... Encontró en medio del camino el sombrero gris del buen mozo, y sospechando que no podía estar ya muy lejos de

allí, continuó buscando afanosamente hasta encontrarlo casi desvanecido bajo la brutal avalancha de las hormigas que se introducían por todos los poros de su cuerpo.

Inmediatamente desató sus cuerdas, procuró reanimarle, y los dos regresaron al caserío, yendo a ocultarse Shefford en su cabaña para esperar el amanecer y salir de nuevo hacia la montaña, provisto de cuerdas con que poder salvar a los padres de Fay.

Dyer y sus hombres, creyendo haber eliminado ya a aquel espía, habían bebido en la taberna más de lo regular.

Antes, aprovechándose de la ausencia del "Aguila", habían ido a casa de éste, y para demostrar que ellos no temían realmente a nadie, le habían quitado sus ahorros.

Shefford sintió el deseo de volver a ver a Fay, de comunicarle que había visto a los otros prisioneros y que pensaba en breve salvarlos. Y cautelosamente, protegido por las sombras de la noche, se propuso volver a la casa de Mary, donde la muchachita ocupaba una habitación.

Fay había tenido poco antes una violenta disputa con Mary, que celosa al verse casi abandonada por Dyer, acusaba a la muchacha de arrebatarse el amor del jefe de los bandidos.

—¡Eso no es verdad!—protestaba la mocita—. No quiero saber nada de Dyer. Mi deseo es que me dejen regresar con los míos.

—¡Ah, maldita! Estás jugando con dos juegos de cartas. Por una parte vuelves loca a

Dyer... y por otra recibes visitas de ese Shefford.

—Usted no es quien para meterse en mis cosas. Pero sepa para su tranquilidad, que nunca seré nada de Dyer.

Mary volvió a su habitación poco convencida y deseando que aquella mujer se volviera al Valle, pues allí era un constante peligro para ella.

Poco después, Dyer, sediento de malos deseos, se encaminó a casa de Fay, con el ánimo decidido de que aquella noche ella había de ser suya, ella había de darle las primicias de sus encantos de mujer.

Avanzó en silencio. En la obscuridad un hombre se arrojó contra él... Lucharon... Se oyó luego la caída de un cuerpo contra el suelo... y vióse una sombra que huía...

Más tarde, cuando Shefford entró con gran cautela en la casa de Fay, tropezó con un bulto en el suelo... Se acercó, tanteó lo que era y vió un cuerpo húmedo, lleno de sangre, y con un puñal clavado en el corazón.

Examinando rápidamente a la víctima descubrió que se trataba de Dyer, muerto ya.

Sorprendido y temiendo que Fay en defensa de su honra hubiera podido realizar aquel acto, llamó a la puerta del cuarto de ésta y la muchachita apareció, contemplando sobrecogida el cadáver y asegurando en voz muy baja, para no despertar a Mary, que ella no había sido.

—Pues van a sospechar de ti. Eso es terrible...

¿Cómo voy a dejarte en poder de esos bandidos, excitados por el asesinato de su jefe?

—¡Sálvame, Shefford!... ¡Arráncame de aquí!... ¡Sea como sea!... ¡Tengo miedo, mucho miedo!

Y se abrazaba a él...

Shefford, de pronto, se sintió iluminado por una idea. Todo estaba preparado. Podrían huir, dirigirse a la más alta colina, recoger desde allí a los viejos padres y mirar de escapar a la ventura.

Fay se abrazaba a él, dispuesta a todo, con el terror que inspira la presencia de la muerte.

En un santiamén, Shefford despojóse de su traje y se puso el de Dyer, arrancándole la venda y cubriéndose con ella la cara... Tenía pues, el mismo aspecto que el bandido.

Procurando no hacer ruido alguno, deseosos de que Mary no se despertara, salieron los dos y montaron a caballo. Avanzaron por el camino principal, afanosos de que les vieran para de esta manera nadie entrase en sospechas.

Los hombres que habían salido de la taberna y se disponían a retirarse a dormir, les vieron pasar y comentaron en voz baja la buena suerte de su jefe. Al fin conseguía lo que quería. Ella sonreía junto a él; seguramente estaba conquistada... Buen plato, bocado exquisito, que ellos hubieran querido también probar...

Shefford y su amiguita fueron a la cabaña de sus dos amigos arrieros, que les proporciona-

ron cuerdas y caballos. Y los dos jóvenes salieron rápidamente hacia la montaña.

Pocos minutos después, Mary, dando gritos de espanto, corrió al encuentro de las gentes de Dyer.

—¡Ah, los miserables! ¡Pobre Dyer! ¡Pobre amor mío!

—¿Qué pasa, Mary? ¿Qué ocurre?

—Algo horrible. Acabo de ver a Dyer asesinado en mi puerta.

—Esto no puede ser. Si hace poco le hemos visto a caballo... con Fay.

—¡No era él! ¡No era él! ¡Debía ser el forastero! Dyer ha sido asesinado. Dyer está en mi casa con una herida mortal... ¡Por favor! ¡Alcanzad a los criminales!

¡Ah! Un odio feroz se apoderó de aquella gente al comprender que habían sido burlados de tan cruel manera.

Montaron a caballo y emprendieron la persecución de aquella gente por aquellas montañas.

Vengarían a su amo, al famoso Dyer, al que aunque le habían herido varias veces, sólo ahora, habían podido matar... Pero ¡ay de los asesinos! No habría para ellos cuartel. Los colgarían de un árbol, desnudos y sirviendo de pasto a los cuervos y demás aves de rapiña...

Y un instinto bárbaro de crueldad enrojecía sus ojos.

* * *

El indio "Aguila" vió huir a su protector y a Fay y salió a su encuentro en un sendero del camino.

El joven se detuvo brevemente y le explicó lo que había ocurrido, la muerte misteriosa de Dyer, el terror de la comarca.

Una sonrisa flotó en los labios del indio.

—¡No es nada misterioso, amigo mío!

—¿Sabes algo?

—¡Todo!

—¿Quién mató, entonces, a ese hombre?

—¡Yo!

Le contemplaron sorprendidos.

—¿Por qué hiciste eso?

—Ya le advertí que si me volvía a robar acabaría con su vida. Y volvió a robarme... y le maté.

—¡Bien, "Aguila"!... Terminó como debía acabar... Pero estoy seguro de que no van a sospechar de ti sino de mí.

—De los dos acaso. Pero yo no los temo. Tú debes marchar. Te acompañaré.

—Primero debo recoger a los padres de Fay, a esa pobre gente que hace quince años que no se mueve del Valle.

—Vamos a salvarles. Yo te acompaño también. Y después te guiaré hacia el río y en un bote que tengo allí amarrado podréis huir hacia otra parte.

—¡Gracias por todo, "Aguila"!

—Es poco por lo que hiciste por mí, por ella, mi hermana buena.

—Sólo cumplí con mi obligación.

Emprendieron la marcha a caballo. Llegaron al cabo de largo caminar y desorientando a sus perseguidores, a lo alto de la colina más elevada, desde donde se distinguía todo el Valle de la Sorpresa.

Shefford empezó a dar voces y no tardaron en contestarle los padres de Fay, que sentían ya en su alma la alegría incomparable que produce la libertad.

Sacó el joven unas grandes cuerdas y haciéndolas voltear con energía sobre su cabeza, las lanzó luego al fondo del abismo.

La mujer, la pobre madre que había pasado quince años sin poder moverse del Valle y que en estos últimos días al verse separada de su hija había creído morir de dolor, fué la primera en llegar, en peligrosa y difícil ascensión, a lo alto de la colina.

Desde arriba Shefford y el indio empezaron a tirar de la cuerda, consiguiendo después de difíciles y grandes esfuerzos, subirla hasta la cima.

A continuación izaron al padre, y libres ya de su permanencia en el Valle, los dos viejos abrazaron cariñosamente a Fay, que lloraba de emoción.

Luego agradecieron a Shefford y al indio su generosa intervención. Pero, ¿sería definitiva

esa libertad? ¿No iban a caer todos en poder de aquellos miserables que eran capaces de quitarles la vida?

Sus temores no parecían ir desprovistos de fundamento, por cuanto el indio "Aguila" percibió a lo lejos el avance de unos jinetes, seguramente la odiosa gente de Dyer.

Era preciso, pues, dejarse de efusiones sentimentales y marchar cuanto antes en busca del río, donde ya les esperaba la lancha que les conduciría a lugar de salvación.

Pero los bandidos avanzaban a galope tendido ganándoles terreno a cada momento, y ellos comprendieron que de no realizar un esfuerzo supremo, iban a convertirse en prisioneros de aquella gente sedienta de venganza y de sangre.

—Si seguimos por el desfiladero seremos alcanzados sin remedio—advirtió el indio, bien conocedor del país.

—Hay que pasar un puente, un puente difícilísimo, un tronco de árbol que hace las veces de pasarela y que está tendido sobre dos simas lóbregas y terribles...

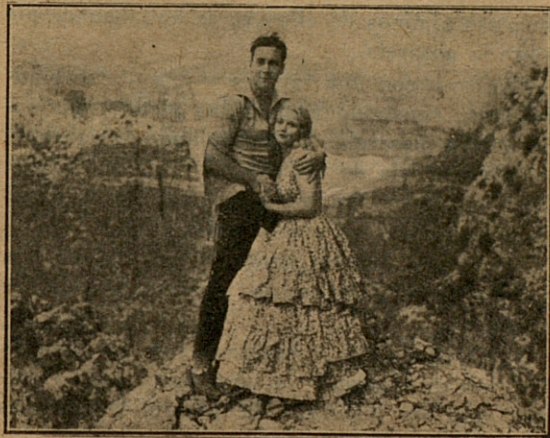
—¡Lo pasaremos!... No somos gente para volver atrás.

Tras varios minutos de avanzar afanosamente, bajaron de caballo y se encontraron junto al árbol, pasarela impresionante, situada sobre el abismo, a una altura de más de mil metros y sin barandilla ni apoyo de ninguna clase.

Tembló Fay al verse allí, pero Shefford la

estrechó la mano, asegurándole que nada debía temer.

Adoptando toda clase de precauciones, cogidos del brazo, procurando mirar hacia adelante, sin contemplar el pavoroso abismo que se abría a sus pies, los fugitivos atravesaron sin novedad el improvisado puente.



...atravesaron sin novedad el improvisado puente.

Pero apenas se encontraban ya en la parte opuesta vieron a los hombres de Dyer que, despreciando al igual que ellos el peligro y ansiosos de dar muerte a los que creían eran los asesinos de su jefe, se decidieron también a atravesar la pasarela.

Comprendió Shefford la gravedad de aquella determinación. Si lograban pasar, la persecución se haría más acentuada y difícil. Aquellos hombres eran en mayor número que ellos; estaban mejor armados... Comprendió que era preciso apelar a un recurso heroico para librarse de los criminales.

Los bandidos disparaban desde el otro lado, mientras algunos de ellos ya se hallaban de pie sobre la pasarela...

Shefford, con una rapidez y una destreza admirables, consiguió romper las piedras que sujetaban la pasarela, y ésta, cuando tenía sobre sí a la mayoría de los bandidos, se vino abajo, desplomándose con estrépito terrible y precipitando al fondo a toda aquella taifa.

Se oyeron ruidos siniestros al chocar los cuerpos contra las rocas puntiagudas de las simas.

Shefford corrió a reunirse con sus amigos que habían avanzado ya unos pasos bajo el terror que les inspiraba la proximidad de los bandidos.

Sonriente les dió cuenta del desastroso fin de los que habían acabado tal como vivieron.

"Aguila" acompañó a los blancos hasta el río, despidiéndose después de ellos. Libres ya de la tiranía de las gentes de Dyer, volvería a renacer en la comarca la paz y la prosperidad, fase de un futuro lleno de esperanza.

Shefford quiso seguir a la dulce Fay que allí ya se había adueñado por completo de su

corazón... Y con los padres de ella subieron al bote que les conduciría a la orilla opuesta donde reinaban la paz y el trabajo.

Y mientras los padres sonreían emocionados al verse libres al cabo de tantos años, detrás, sentados en otro asiento del bote, los jóvenes cambiaban fuertes apretones de manos y prometían casarse en breve y formar una nueva vida de la que desaparecería todo peligro y temor.

Shefford tenía tierras allí lejos. Las cultivaría y habría trabajo para todos. Y de la pesadilla de aquellos días no quedaría nada más que un vago recuerdo borrado con besos y caricias...

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Gran éxito en las selectas **Ediciones Especiales** de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA de la magnífica novela

¡RÍNDASE!

de la FOX (Oro de ley de la pantalla)
Por Warner Baxter, Leila Hyams, etc.

Esta semana, el formidable asunto

LA CALLE

Por Silvia Sydney, Estelle Taylor, William Collier (Jr.), etc.

¡Novela que nadie dejará de leer y recomendar!

Exija siempre las novelas cinematográficas de

Ediciones BISTAGNE

Las mejores películas.—Los mejores artistas.

Las mejores narraciones.

Siempre

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. — BARCELONA

Precio popular: 1 pta.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA